

**DISCURSO DEL PRIMER ANIVERSARIO DE LA NUEVA SEDE DE LA  
FUNDACIÓN CHIOZZA**

**Referencia bibliográfica:**

**CHIOZZA, Gustavo (2002c) “Discurso del primer aniversario de la  
nueva sede de la Fundación Chiozza.**

**Discurso realizado en la Fundación Luis Chiozza, Buenos Aires, el 31  
de octubre de 2002.**

Como todos sabemos, estamos hoy aquí para festejar el primer aniversario de nuestra, todavía, “nueva sede”. Dado que, en su momento, no hemos festejado el primer aniversario de nuestra “antigua sede”, ni tampoco el primer aniversario de la que por entonces fue la nueva sede del CIMP, cabría preguntarse cuál es la necesidad de festejar *ahora* este primer aniversario. Algunos replicarán enseguida que, a la hora de festejar, es suficiente con que exista el deseo; la necesidad, valga la redundancia, no es necesaria. Otros dirán entonces que el deseo seguramente revela la existencia de algún género de necesidad. Así, luego de varias vueltas, terminaríamos concluyendo que tal vez, lo que para algunos de los presentes sea sobretodo una necesidad, para otros sea más bien un deseo.

Sin embargo, me parece que luego de haber escuchado las palabras que pronunciara Chiozza un año atrás, en la ceremonia de inauguración, no podemos negar cuánto han cambiado nuestras circunstancias en tan sólo doce meses. Ya en aquel entonces el proyecto de esta sede contrastaba notablemente con la poderosa incertidumbre que nos instaba a “quedarnos quietos”; hoy, qué duda cabe, la continuidad del proyecto contrasta aún más con un temor que, no conforme con el “quedarse quieto”, ahora nos propone “emprender la retirada”.

Dado que todos nosotros anhelamos que nuestra profesión no sea un mero recurso laboral sino un *profesar*, en la autenticidad, el conjunto de ideas acorde a las cuales deseamos poder vivir, zanjemos el debate acerca de la necesidad recurriendo a la enseñanza de uno de nuestros maestros. Sostiene Chiozza que frente a “*una crisis axiológica como la nuestra*” es necesario “*buscar en las fuentes viscerales de la necesidad de convivencia y trascendencia, la auténtica materia prima de la norma social*”.

¿Cómo puedo hacer yo, hoy, en estas breves palabras, para que ustedes vean en esta nueva sede, en este hermoso edificio, la visceral necesidad de convivir y trascender que es su más genuino fundamento? ¿Cómo poder compartir con ustedes, en estos tiempos de tanta desconfianza, nuestra necesidad de convivir y trascender a través de este proyecto?

Racker sostiene que el interés por un objeto implica el deseo de conocer su pasado, su presente y su futuro. Es muy poco lo que puedo decirles para satisfacer este interés. Sabemos que el temor, la incertidumbre y la desconfianza hacen ver al futuro como una mera conjeta; una vana expresión de deseo. Y también sabemos que cuando la tormenta es fuerte el presente no va más allá de la inmediata ola que nos oculta el horizonte.

Del pasado tal vez podría referir algunas anécdotas; por ejemplo que este inmenso edificio empezó con la idea de abrir una pequeña ventanita que comunicara la secretaría con la escalera que conducía a los consultorios del primer piso. Pero sin mentir, estaría faltando a la verdad, dado que esa pequeña ventanita no podría ser este edificio sino no fuera, otra vez, por esa necesidad de trascender, convivir y compartir.

A menudo, cuando intentamos transmitir a los alumnos la profunda revolución epistemológica que implica nuestra manera de concebir el psicoanálisis, solemos comenzar recurriendo a un ejemplo simple: tomamos de la mesa un cenicero o un pocillo de café y sentenciamos que, más allá de la primera impresión, esos objetos no son sólo materia. Decimos que si alguien encontrara ese pocillo en medio del desierto, aun no sabiendo en qué consiste un pocillo de café, en seguida lo distinguiría del entorno.

Mientras que las rocas y la arena, según nuestra concepción, han surgido de las azarosas fuerzas naturales, el pocillo, en cambio, no ha surgido por azar sino que es producto de una idea. No sólo su cavidad nos da la idea de contener una cierta cantidad de algo, más o menos definido, también el asa evoca la necesidad de apresarlo con dos o tres dedos, tal vez para evitar la temperatura que pudiera transmitir su contenido. El intencional reborde inferior, por ejemplo, nos permitirá suponer la idea de un encastre; sea con otro pocillo, sea con el plato, para evitar el deslizamiento.

Al decir que ese pocillo es también una idea estamos afirmando que es producto de una existencia subjetiva; es decir, de un *“alguien”*. Alguien que primero lo concibió como una idea y luego, deliberadamente, lo construyó con esa forma que le es propia. Esa intención perdurará, mientras el pocillo siga siendo un pocillo, ya que no sólo es la *“causa”* del pocillo; sino su misma esencia.

Por exagerado que parezca, podemos decir entonces que un simple pocillo nos cuenta una historia; la historia de un *“alguien que quiso”*; que *“necesitó resolver un problema”*. *“Alguien que pensó”*, *“alguien que hizo”*.

Si sabemos escuchar, también el edificio que hoy nos alberga y que es nuestra sede, nos contará la historia de *“alguien que quiso”*, de *“alguien que pensó”*, de *“alguien que necesitó resolver un problema”*, y, por supuesto, de *“alguien que hizo”*.

Dado que un edificio es más complejo que un pocillo de café, más complejo será también mostrar cómo el auditorio, la cafetería, la secretaría o los distintos consultorios, denotan las intenciones más profundas que animaron su concepción. Pero, amén de que no disponemos de tanto tiempo, tampoco me parece tan necesario; en el contexto de las dificilísimas circunstancias actuales, basta considerar el aspecto económico de esta realización, para ver que sólo una profunda necesidad de convivir y trascender sería capaz de animar, en estos tiempos, una obra de semejante magnitud.

Del mismo modo que sucede con el pocillo de café, esta sede (en su existencia material) y los principios que animan nuestro más auténtico profesor el psicoanálisis, son una y la misma cosa. Este edificio, suficientemente grande como para *“querer ser muchos”*, es capaz de contar nuestra historia a todo aquel que sepa escuchar. La historia de quiénes queremos ser, de qué queremos hacer y de cómo queremos vivir; aspirando a convivir, a compartir y a trascender.

Aunque a veces no nos demos cuenta. O lo olvidemos, o lo neguemos.

Para eso está este edificio. Para ayudarnos a recordar y a redescubrir, una y otra vez, que tenemos una profunda necesidad; una necesidad visceral de vivir para algo más que para evitar el riesgo, el sufrimiento o la muerte.

Junto con Enrique Obstfeld, Eduardo Dayen, Ricardo Grus, Darío Obstfeld y Juan Repetto integramos desde comienzos de 1995 el Consejo de Dirección; todos los lunes nos reunimos con Luis Chiozza, nuestro director, un promedio de cinco horas (que no pocas veces llegan a ser ocho o nueve) para encontrar la forma de llevar adelante este proyecto de compartir, convivir y trascender.

Luego de tantas horas de tanto trabajo, al cumplirse el primer año de esta materialización, no podemos menos que sentirnos muy orgullosos y satisfechos de haber sido parte de ese “*alguien que quiso*”, de ese “*alguien que pensó*” y de ese “*alguien que necesitó resolver un problema*”. Pero sólo Luis Chiozza y Enrique Obstfeld han logrado, además, dar vida a ese “*alguien que hizo*”, y por eso, nosotros cinco, sentimos una íntima gratitud que no cabe en este discurso.

Muchas Gracias

Gustavo Chiozza